

Trucos simples

Chris Cassidy y Tish Pahl

—Bien, capitán —dijo el mecánico del puerto arrastrando las palabras, mientras pasaba un trapo mugroso entre sus manos ennegrecidas—. Ha hecho un buen desastre con su nave.

—¡No le hice nada a mi nave! —ladró Fen Nabon—. ¡Un flujo de energía nos arrancó del hiperespacio! ¡Frió el motor, cocinó el respaldo, y se derritió los estabilizadores y el motivador a su paso!

Fen sabía que debía haber reparado el hiperimpulsor con saliva y cinta de motor y forzado a la *Dama Estelar* a llegar a la ciudad de Nad 'Ris, la capital planetaria de Prishardia. Pero la guía planetaria garantizaba un “puerto estelar clase estándar con todas las comodidades” en Lesvol, la segunda ciudad más grande de Prishardia. Al aterrizar en el retrasado lugar agrícola, Fen se dio cuenta de que era más probable encontrar los “excelentes alojamientos y oportunidades para cenar” prometidos en el núcleo fundido de Hoth.

La pastura de algún rumiante hediondo e indefinido rodeaba el puerto espacial. Más nefasto, notó Fen, eran las barredoras oxidadas y los antiguos cargueros destruidos que cubrían la estrecha plataforma de aterrizaje. Dudaba que algo en el puerto hubiera operado bajo su propia energía en los últimos dieciséis años. Y la bola de grasa que ahora hablaba con monotonía probablemente era el responsable por el mal estado reinante.

"Gibb", como revelaba el nombre cosido sobre su mameluco, pausó para escupir expresivamente en la suciedad cocinada, evitando sabiamente la rampa extendida de la *Dama*, luego extrajo un datapad de un bolsillo mugriento.

—Este es el inventario de motores de reemplazo que podemos conseguir, aquí o en Nad 'Ris.

Cuando examinó la escasa lista, Fen entendió por qué tuvo que tomar el pad de las manos temblorosas de Gibb. Había un Saltador de Horizontes muy viejo y demasiado caro. El SoroSuub implicaría una reparación que incluso Fen no intentaría. Varios nuevos Salvavidas 1000 estaban también disponibles, deseo de muerte incluido sin cargo. Allí no había siquiera un rápido y sucio sustituto que fuera lo bastante seguro y lo bastante barato para llevarla hasta un astillero decente.

El bulto en la garganta del hombre pequeño subió y bajó.

—No tenemos nada más —dijo con dificultad.

Fen le arrojó el pad de regreso. Espacio, allí no había siquiera algo digno de ser robado.

—¿Cuánto tiempo? —gruñó.

—Podemos pedir un Avatar —tartamudeó Gibb.

—¿Cuánto tiempo? —Fen repitió, un poco más cerca y mucho más fuerte.

—Corelia está lejos, incluso en....

—¿Cuánto tiempo? —Fen estaba tan cerca que podía olfatear la mascada que colgaba de él.

—Un mes, tal vez dos —cuchicheó Gibb.

—Un mes —ordenó Fen.

—Sí, capitán —Gibb graznó antes de partir como un rayo.

—Fen, deberías enseñar diplomacia —regañó una voz cultivada. Ghitsa Dogder salió de las sombras de la rampa de la *Dama Estelar*.

—No te escuché ofrecer ayuda —replicó Fen.

—¿Para qué necesitarías una artista de la estafa cuando tu intimidación y griterío son tan eficaces? —Blandiendo un datapad, Ghitsa continuó—. En vez de eso, decidí leer acerca de nuestro hogar temporal.

—El aldeano que escribió esa reseña es un hombre muerto —dijo Fen apretando los dientes—. Voy a buscar un trago en la nave. ¿Vienes?

—No, creo que investigaré un rato.

Fen se encogió de hombros y se dirigió la rampa de la *Dama*. En la escotilla se volvió para decir algo, pero su compañera ya había desaparecido en el decadente edificio del puerto espacial.

La ambigua declaración de Ghitsa hizo sonar una alarma sorda en la cabeza de Fen. No era que se preocupara por la seguridad de su compañera. Incluso en un lugar poco familiar la estafadora siempre había sabido cuidarse. No, la verdadera gran preocupación era que la vista aguda de Ghitsa probablemente había visto algo en la reseña de Lesvol. Algo que Fen había pasado por alto.

—Sith —farfulló Fen, raspando algo de la pastura de la suela de su bota.

Hundiendo los puños en sus bolsillos, fue en busca de la botella de Reserva Coreliana que guardaba para días realmente malos. Cualquiera fuera la crisis, Corelia tenía la cura.

Fen iba por el tercer vaso, maldiciendo al destino y el universo, cuándo su compañera finalmente regresó, trayendo una fruta naranja brillante, del tamaño de un puño.

Cuando Ghitsa la apoyó sobre la mesa, Fen miró la fruta con desconfianza. Había varias explicaciones, cada una peor que la anterior.

—Supongo que no tomaste eso para un refrigerio.

—Por supuesto que no, Fen —dijo Ghitsa con un resoplido altanero.

—Correcto. No has tenido una comida sólida desde la batalla de Endor — Fen alzó la voz mientras Ghitsa se retiraba hacia su cabina. Contra su mejor criterio, Fen se encaramó despacio sobre sus pies y la siguió.

—Ghits, ¿qué estás tramando? —preguntó Fen mientras se apoyaba contra la escotilla abierta del camarote de Ghitsa, tomando lentamente su bebida.

—Sólo una manera de pasar el tiempo e incrementar los fondos mientras esperamos tus amadas partes corelianas —fue la amortiguada réplica. Solo el trasero de Ghitsa era visible, sobresaliendo de un armario de almacenaje. Fen tuvo que resistir el impulso de administrarle una patada rápida.

Ghitsa emergió un momento después, agitando su trofeo.

Fen sintió caer su mandíbula.

—No —dijo severamente.

Ghitsa respondió poniéndose el simple manto.

—¡Debes estar bromeando!

—Fen, sabes que no tengo sentido del humor—. Un mango cilíndrico de metal apareció en el bolsillo hondo del manto. Ghitsa accionó el interruptor tentativamente, encendiéndolo y apagándolo. Nada ocurrió, por supuesto.

Ghitsa avanzó empujando a su compañera, camino a la cabina principal. Fen se arrastró otra vez tras ella.

—Estoy sorprendida que después de todos estos años no hayas sido capaz de quitarle uno verdadero a alguien —Fen masculló.

Ghitsa se puso muy seria repentinamente.

—Dado lo que hemos oído recientemente sobre la Academia Jedi en el bajo mundo, no me sorprendería ver sables de luz en el mercado negro.

Ghitsa la miró fijamente, esperando, con expectación.

Fen vaciló.

—¿Qué?

—Tú sabes qué —dijo Ghitsa impacientemente—. Esa cubierta de sabacc amañada y el repulsor remoto. ¿Dónde están?

No había nada que hacer. Recostándose en su asiento con un suspiro resignado, Fen dijo:

—Están en el armario de armas, tercer estante, atrás.

—¡Qué pintoresco! —Ghitsa arrulló, regresando con la caja de seguridad de Fen. Lo puso sobre la mesa enfrente de Fen, sirviéndose una copa de Reserva.

En el tiempo que Fen tardó en servir otra para ella, Ghitsa había abierto con palanqueta la caja.

—Ésta es una muy mala idea —dijo Fen finalmente.

Ghitsa recogió la fruta sobre la mesa y empezó a cavar un delicado agujero con su navaja.

—Confirmé lo qué estaba en la reseña. Hay miles de personas en Lesvol y la única autoridad legal está a más de dos mil kilómetros de distancia. Es un caos ahí fuera. Les estaría haciendo un servicio inestimable.

—Como blanco de prácticas —Fen masculló—. ¿No recuerdas lo que ocurrió la última vez?

Ghitsa asintió con la cabeza, pero continuó su trabajo.

—¿Puedo señalar que la *Dama* está fuera de servicio? No tenemos manera de salir de aquí una vez que se den cuenta de que eres un fraude.

—Entonces tendremos que asegurarnos de que no se den cuenta, ¿no?

Fen hizo girar el licor dorado en su vaso, admirando la manera en que el contenido se adhería a los bordes antes de rendirse a la gravedad.

—No te ayudaré esta vez —declaró, sabiendo que su resistencia era tan fútil como la de la bebida, pero sintiendo la necesidad de hacer una declaración simbólica.

Desde el otro lado de la mesa, Ghitsa le pasó el control diminuto del remoto.

—Por supuesto que lo harás.

Fen había desarrollado relaciones de odio con muchos lugares en la galaxia. Odiaba Socorro durante la estación calurosa, detestaba a Mos Eisley durante la temporada de polvo, y su irritación con los precios exorbitantes de Coruscant durante la Semana de Celebración era un tema de conocimiento público. Pero Lesvol en día del mercado ganó todo un nuevo nivel del desdén.

Con una honda inspiración, Fen se lanzó de cabeza en la multitud de campesinos y animales que atestaban la plaza del mercado. Escurriéndose entre un carro de verdura extra grande y una cabina de quesos del tamaño de una rueda, Fen se apartó para evitar un algo peludo que olía vagamente a nerf.

Cuando una mujer desdentada vestida de negro arrojó un ave graznando en su cara, Fen casi cocinó tanto al ave como a la proveedora con un disparo de bláster.

En contraste con el loco correr y precipitación de Fen a través del mercado, Ghitsa progresaba pausadamente delante. Multitudes y ganado se abrían como por arte de magia para la mujer con el manto marrón. Caminó serenamente, el mango del sable de luz balanceándose libre y llamativamente en su costado. Habían estado en el mercado apenas diez minutos cuando Fen empezó a escuchar la palabra susurrada con temor y el respeto: "Jedi."

Fen dio una vuelta, viendo Ghitsa encontrar su blanco. Dos hombres peleando, uno tan bajo como el otro era gordo, habían atraído una multitud. Palabras y saliva volaban, y los puños los seguirían con seguridad, con desventaja para el hombre más pequeño. Un groat permanecía entre ellos, ajeno, mascando su bolo alimenticio con suficiencia.

—Amigos —escuchó Fen decir a Ghitsa—. ¿Puedo ayudarlos?

Un silencio cayó mientras todos los ojos se volvían hacia la mujer Jedi.

—¿Quién es usted? —el hombre más grande exigió.

—¡Jedi! —alguien gritó por de la parte posterior.

—No parece un Jedi —el hombre se burló.

Ghitsa sonrió pacientemente.

—Tamaño y sexo no son la medida de un Jedi, amigo.

Ella señaló un puesto de fruta cercano.

—No apruebo el uso casual de la Fuerza —resonó su voz—. Pero aquí el caballero ha pedido alguna prueba.

Ghitsa extendió su mano derecha. La izquierda, Fen sabía, ocultaba un diminuto control remoto que controlaba el repulsor. Una fruta naranja brillante se elevó por sobre el montón en el exhibidor, hizo un círculo sobre la multitud pasmada, y luego cayó en la palma de Ghitsa.

Recogió la creciente multitud con sus ojos y autoritativa presencia.

—Pregunto otra vez, ¿requieren la asistencia de un Jedi?

—Yo pido la mediación de un Jedi —tartamudeó el hombre pequeño, con una mirada pendenciera a su contendiente—. Baxendahl me vendió una groat de reproducción, pero es estéril.

Fen volteó y empezó a abrirse paso entre la multitud, agitando su cabeza en disgusto. Ghitsa desplegaría sus destrezas en la negociación como otros usarían armas y empujaría a los hombres a algún arreglo involucrando el coste del cuidado de un groat, las ganancias potenciales de la leche de un groat, y el valor entre un groat de reproducción y uno estéril.

Los participantes agradecidos la pagarían por el problema luego en alguna moneda o artículo. Al final de la tarde, con otro pedazo de fruta flotante y algunos trucos de sabacc de "Puedo leer su mente", la comunidad de Lesvol pensaría que el mismo Maestro Jedi Skywalker había llegado a hacer una visita. Que la Fuerza la perdonara, pero Fen no quería quedarse aquí para mirar.

El momento pasaría a los anales como uno de los mejores de la vida de Fen. Veintinueve días, catorce horas, y veintisiete minutos después de que un flujo de energía la forzara a ir al abandonado por el Hacedor Lesvol, el

completamente nuevo y veloz hiperimpulsor coreliano Avatar-10 llegó finalmente.

—Capitán, es una belleza.

—Sí que lo es, Gibb—. Fen suspiró con felicidad y miró fijamente con adoración al brillante motor, los estabilizadores, el motivador, y los transformadores, extendidos cuidadosamente y ordenados—. Sólo deseo que encontremos la causa de ese flujo.

Los hombros pequeños de Gibb se encogieron dentro de su uniforme extra grande.

—Lo he visto en viejos YTs antes, especialmente aquellos con muchas características por encargo y modificaciones especiales. Al menos usted sabe que no volará el Avatar cuándo lo ponga.

Un mes de cercana observación había revelado que Gibb era un muy buen mecánico. Fen no había preguntado, ni Gibb había explicado, como estaba tan al tanto de cazas estelares de antiguo modelo y cargueros corelianos. Todos tenían un pasado y los secretos que van con él.

Gibb tenía razón, sin embargo; estas cosas ocurrían a veces y lo mejor que podías esperar era que no te mataran cuando lo hacían.

Fen se agachó, recogió una roca, y se la arrojó a un groat que paseaba demasiado cerca de su nuevo hiperimpulsor. Con un balido asustado el animal se escapó a través la plataforma de aterrizaje.

—A Jedi Ghitsa no le gusta cuando usted le hace eso a sus mascotas — Gibb advirtió, echando un vistazo a su alrededor nerviosamente.

—Bien, puede usar sus poderes para detenerme —se quejó Fen. Con su ocupada agenda social y de negociación, Ghitsa no estaba ahí, pero eso no impedía que aun el sensato Gibb se preocupara de qué pudiera ver la Todo-lo-Sabe Jedi.

Todo el asunto se le estaba subiendo a la cabeza de Ghitsa y realmente molestaba a Fen. Aparte de las declaraciones solemnes de Ghitsa, el puerto espacial y la nave estaban llenos de animales de granja, empalagosos vinos de fruta y otros productos caseros, obsequios que clientes agradecidos pero muy pobres daban su reverenciado intermediario Jedi.

—Voy a sacar las lecturas del motor viejo —dijo Fen, extrayendo su escáner favorito de su bolsillo trasero.

Gibb asintió con la cabeza.

—Terminaré de preparar la nave—. Desapareció dentro de la *Dama*, las herramientas en su cinturón tintineando ruidosamente.

Sacaron forcejeando el motor viejo de la nave y lo pusieron sobre la hierba junto a la plataforma de aterrizaje. Con algunas rocas bien dirigidas, Fen espantó a las aves (más regalos a Jedi Ghitsa) que habían empezado a nidificar allí.

Poniéndose en cuclillas, Fen giró la primera sección suavemente y encendió el escáner. Limpió pequeños pedazos de carbón ennegrecido entre los acopladores dos y tres, luego continuó bajando por el eje del impulsor. Y se detuvo.

Fen desactivó el escáner y se meció hacia atrás sobre sus tacones. Las buenas noticias eran que acababa de descubrir, enterrado en la parte más inaccesible del motor, lo que había causado el flujo de energía. Las malas noticias....

—Uh, discúlpeme —las palabras tímidas sobresaltaron tanto a Fen que en reflejo tiró la llave más cercana en dirección a la voz.

Fen se puso de pie. La visita inesperada se arrojó al suelo para evitar tragarse la herramienta lanzada.

—¿Alguna vez escuchaste hablar de golpear? —increpó. Mientras él se ponía de pie despacio Fen notó el simple manto marrón que llevaba y el mango de metal intacto en su cintura.

—¿Dónde? —se encogió de hombros y miró expresivamente. Estaban, después de todo, afuera, sobre una plataforma de aterrizaje de un puerto espacial.

Fen inspeccionó la abierta sonrisa.

—Correcto....

Realmente empezaban jóvenes en el rancho Skywalker, reflexionó Fen. Éste no debía tener más de veinte años. Pero entonces los rumores salvajes sobre la Academia Jedi habían estado volando por meses en el bajo mundo. ¿Podía este joven de cara suave y cabello desprolijo ser realmente un completamente entrenado Caballero Jedi? A decir de todos, probablemente. Y ella podía adivinar qué había traído un Caballero Jedi a las regiones salvajes de Lesvol.

—Bien, bien —dijo con un silbido bajo—. ¿Podrá ser uno de los pequeños seguidores del ascético Luke Skywalker en persona?

Él se irguió ante su desafío pero se atropelló con las palabras.

—Sí, soy de la Academia del Maestro Skywalker. Soy Zeth Fost.

—Fenig Nabon. Puedes llamarme Fen.

Otro asunto requería su atención, uno incluso más urgente que averiguar qué estaba haciendo aquí un verdadero Jedi y qué iba a hacer ella al respecto. Fen se agachó otra vez junto al motor.

—No creo que la Fuerza pueda decirte qué significan estas marcas carbonizadas entre los acopladores, ¿verdad?

Zeth se puso en cuclillas junto a ella.

—No trabaja así realmente.

—Una lástima.

Fen sacó un magnificador de su bolsillo frontal y empezó a subir gateando a lo largo del eje del impulsor. Allí. Entre los acopladores octavo y noveno.

—¿Qué es? —una voz suave preguntó, demasiado cerca de su oreja. Ella casi le pegó un porrazo, sólo por reflejo.

—Aquí —dijo y le pasó el magnificador.

—Parece un.... ¿Cable?

—Es un viejo truco de saboteadores. Creas un circuito completo conectando los acopladores de un hiperimpulsor. Un trozo de cable tan fino como un cabello servirá. Entonces envías una chispa hasta arriba del eje del impulsor y formará un arco, de un acoplador al próximo. Freirá el sistema entero. —Ella gesticuló hacia el extremo alejado del motor—. Allí en algún lugar encontraré los restos del relé o batería que generó la sobrecarga.

Zeth aclaró su garganta.

—¿Sabes por qué?

Fen se puso de pie despacio.

—Sí. Probablemente. Alguien está probablemente persiguiendo a mi compañera, Ghitsa Dogder.

Hubo una brusca pero no muy sorprendente inhalación.

—Es por ella que he venido —dijo Zeth rápidamente, levantándose también—. Hemos oído que es una Jedi muy poderosa y que está haciendo mucho bien aquí.

—Bien, tiene muchos enemigos también.

Fen estuvo muy orgullosa de no haberse ahogado cuando Zeth entonó:

—Aquellos que hacen cosas buenas a menudo tienen muchos enemigos. —Su cara joven se volvió melancólica—. Y aquellos con poderes en la fuerza y sin formación pueden ser manipulados. ¿Dónde está? —preguntó, sonando más urgente.

Tan pronto como encuentre a Ghits, la pantomima terminará, pensó Fen. Eso solo justificaría el precio de la entrada.

—No lo sé —dijo finalmente, tomando una decisión—. Tenía una negociación hoy. Pero Gibb sabrá dónde está.

—¿Por qué no tomaste una lanzadera? —Fen se quejó sobre el precinto del acompañante del deslizador terrestre alquilado de Zeth.

—No sabía donde ir —respondió Zeth. Sus ojos vagaron por el paisaje bucólico—. Todos en un radio de mil kilómetros estaban hablando sobre la maravillosa Jedi Ghitsa, pero nadie sabía dónde estaba.

Fen tamborileó sus dedos sobre la consola. Habían saboteado la nave en Chad, descubierto su ruta, y arreglado el motor para que volara en el primer sistema habitado. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—Alguien con potencial en la Fuerza sería una gran ventaja para una organización criminal —Zeth interrumpió.

—Mantente fuera de mi cabeza, doblador de cucharas —soltó Fen.

—No estaba en tu cabeza, Fen —Zeth dijo tranquilamente—. Sólo hacía una observación obvia.

—Mantente así, entonces. —Queriendo ser conciliadora, sin sonar compungida, Fen añadió—: Muchos villanos parecen realmente determinados a raptarlos a ustedes los Jedi.

Fen no había esperado que Zeth se estremeciera tan obviamente.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Él sacudió su cabeza.

—Nada.

—Gira hacia la derecha más adelante —ordenó. Él condujo a través de una maltratada y antigua puerta y ambos guardaron silencio.

Sintiendo el deslizador acelerar regularmente, Fen echó un vistazo a Zeth. Miraba fijamente delante. Ella renunció a tratar de sacudirse la preocupación que empezó a crecer cuando condujeron dentro de la propiedad.

Doblaron una vuelta ciega y la granja estuvo a solo unos metros más lejos. Fen estaba fuera del deslizador antes de que Zeth terminara de detenerlo. No fue solo la mirada de sombría preocupación en su cara o el silencio lo que la alarmó.

No, fue el opresivo presentimiento en sus entrañas. Había sentido lo mismo cuando había regresado a esa cantina de Ord Mantell y encontrado al hombre que había sido su padre muerto en el piso.

Extrajo su bláster y corrió a la granja. La puerta estaba entreabierta y torcida. En el umbral yacía un manto Jedi.

—Asumo que fue alguien fuera del planeta —farfulló Fen mientras zumbaban de regreso a través de Lesvol—. Me pregunto por qué les tomó tanto tiempo.

—Pueden haber pensado que en cuanto su motor falló irían a Nad 'Ris,—dijo Zeth—. Y cuando no lo hicieron, buscaron de la misma manera que yo lo hice. Un planeta es un lugar grande para buscar a una sola persona.

Cuando el deslizador se ladeó duro en una vuelta, Fen se sintió agradecida de que Zeth estuviera conduciendo apenas más despacio de lo que ella lo haría.

—Gibb está buscando informes de cualquier extraño. Podría saber algo para cuando regresemos..

—¿Qué sigue entonces? —preguntó el Jedi.

—Escucha, Zeth —empezó Fen—. Aprecio la ayuda, pero puedo manejar esto sola.

Cuando Zeth sonrió, los años parecieron desprenderse de él.

—Los Jedi tienen una responsabilidad para aquellos sensibles a la Fuerza, especialmente aquellos que como Ghitsa tienen un verdadero don que otros explotarían. —Su expresión se oscureció repentinamente—. Es difícil de explicar, pero la Fuerza me guió aquí. Me gustaría ver esto resuelto.

—Bien, ¿quién soy yo para discutir con el orden cósmico y el destino? —rezongó Fen.

Gibb salió corriendo a su encuentro cuando llegaron al puerto. Ignorando el desaprobador ceño fruncido de Zeth, Fen saltó otra vez antes de que detuviera el deslizador.

—¿Qué has encontrado, Gibb? —preguntó, forzando su voz a calmarse mientras trotaban al edificio de puerto.

—No mucho, capitán. Conseguí un par de informes de un esquife yendo realmente rápido hacia Nad 'Ris.

Ella y Gibb ingresaron al diminuto edificio de administración de puerto.

—¿Hace cuánto?

Fen agarró una silla, pero resbaló de sus manos no demasiado firmes y cayó con ruido al piso. Gibb esperó que la enderezara antes de responder.

—Un par de horas.

La voz de Zeth vino desde la puerta.

—¿Cómo notaron el esquife?

Gibb echó el ojo al Jedi, como evaluando dónde estaban sus lealtades.

—Era grande, nuevo, rápido. No hay nada como eso por aquí.

Fen sonó sus nudillos y sonrió afectadamente interiormente cuando Zeth hizo una mueca ante el sonido.

—Está bien, Gibb, tengo que decodificar los registros del puerto espacial Nad 'Ris. Estoy buscando los registros de naves entrantes.

El mecánico palideció, mirando de Fen a Zeth y de regreso otra vez.

—Pero capitán.... —tartamudeó.

—Ahora Gibb —empezó, sonando sus articulaciones un dedo a la vez—. Sólo porque un autodesignado guardián del bien está mirando no es momento de ponerte moralista conmigo. La única manera de averiguar donde ha ido Ghitsa es mirando donde probablemente la llevaron, ¿lo entiendes?

Gibb asintió con la cabeza de mala gana, todavía mirando al Jedi escépticamente. Zeth hizo un guiño y extendió sus manos en un gesto de "¿Quién soy yo para discutir?"

Fen fue a toda prisa hasta la consola de datos. Después de varios minutos de trabajo, giró hacia atrás con un gruñido.

—Gibb, ¿por qué no puedes quedarte quieto?

—Bien, capitán. Eso funcionará eventualmente, pero.... —Gibb echó un vistazo a Zeth, su rostro fruncido con la preocupación—. Conozco una manera más rápida.

Zeth se río.

—No te preocupes, Gibb. No lo diré.

Gibb languideció de alivio. Treinta segundos después se estaban desplazando a través de los registros del puerto de Nad 'Ris.

—Necesito ver los nombres de las naves —Zeth anunció repentinamente, amontonándose junto a ellos en la terminal.

Lanzando una mirada enojada y un codazo a Zeth en las costillas, Fen replicó:

—Y yo necesito ver qué planes de vuelo y carga registraron.

Gibb tecleó algunos comandos y tres columnas de la información aparecieron. Fen empezó a buscar con preocupación.

—¡Allí! —Zeth se regocijó repentinamente.

Retrocedió cuando Fen lo inmovilizó con una mirada furiosa predilecta de su extenso repertorio.

—¿Y por qué lo crees?

—Sólo el nombre, *Grajo* —Zeth se defendió—. Tengo un presentimiento sobre él.

—¿Un presentimiento? Lo siento, Jedi, pero necesitamos algo sólido. —Fen regresó estudiar la pantalla—. No creo que tu presentimiento notara que el *Grajo* llegó el día después que yo, registró un plan de vuelo de Chad a Nal Hutta, y no hizo declaración de la aduana, incluso cuando una nave de esa clase tiene más de dos mil toneladas métricas del espacio de carga, ¿verdad?

—Capitán —dijo Gibb, una nueva preocupación coloreando su tono—. ¿Ve ese indicador parpadeante? El *Grajo* solicitó autorización para partir.

Fen sintió un temor frío instalarse en su estómago como la cerveza local.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora, tal vez dos.

Zeth se acercó, estudiando la luz intermitente.

—Nos llevará toda la noche regresar a Nad 'Ris, a menos que tengas algo más rápido que mi deslizador.

No había otra cosa. Todos lo sabían. El motor de la *Dama* estaba aun en pedazos. Nada en el puerto podía correr, mucho menos volar. Fen comenzó a trabajar furiosamente en el teclado de la consola.

—Si tienes algunos trucos, podría usarlos —dijo a Zeth.

—Te lo dije, no funciona así.

¿Por qué estaba un hermético fanático de la Fuerza, apenas fuera de la adolescencia tan triste? Fen apartó ideas que nublaran sus veloces pulsaciones.

—Bien, es bueno que yo sepa algunos trucos —dijo.

Detrás de ella escuchó la risa ahogada de Gibb.

—Eso los mantendrá aquí por la próxima temporada de crecimiento, capitán.

Fen se arrancó de su asiento. Al ver a Zeth sonreír con aprobación a su trabajo en la terminal, sintió la satisfacción de ser capaz de impresionar a un Jedi.

Tiró del brazo de Zeth.

—Vamos. Pongámonos en movimiento.

Las canciones de amantes perdidos o abandonados y los intoxicantes consumidos para olvidarlos están entretejidos en el tapiz de cada cultura desarrollada alrededor del viaje espacial y la producción de alcohol. Corellia tenía un millón tales madrigales; Fen sabía la mitad de ellos, y había vivido la otra mitad. Cuando había sido una niña pequeña con la cara sucia, cantar las letras subidas de tono en un ajetreado puerto espacial era una forma segura de ganar algunos créditos adicionales o incluso una comida caliente. Ahora, treinta y tantos años después, las cantaba cuando estaba nerviosa, excitada, o borracha.

Fen corrió a través de la cabina principal de la *Dama* recogiendo su equipo.

—Lo mejor que puedo esperar es una vida larga y alegre. Una muerte rápida y fácil.

Cantando ligeramente fuera de tono, abrió el último cajón cerrado.

Zeth permaneció de pie pacientemente, sin decir nada mientras Fen añadía dos detonadores más a la pila sobre la mesa en frente de él.

—Una nave rápida y robusta —Fen cantó con más entusiasmo sobre la nave que la muerte fácil. Empezó a meter metódicamente los artefactos y artilugios en los bolsillos de su traje de vuelo—. Una cerveza alta y otra más —terminó con un floreo.

Fen dejó caer un vibro-puñal en cada bota y añadió su bláster opositor de la suerte a otro bolsillo en su manga. Con un suspiro satisfecho empezó verificar los ajustes sobre su pesado bláster.

Zeth se cubrió la boca con la mano para evitar sonreír. Luego removió su cinturón, lo puso sobre la mesa, y se quitó su manto de Jedi. Ovillándolo, tiró el manto en una esquina. Se puso su cinturón otra vez, desprendió el sable de luz que allí colgaba, y lo deslizó él en un bolsillo en su costado.

—¿Bien? —preguntó finalmente—. ¿Paso?

—Quita esa expresión seria de tu cara y podría funcionar.

La sonrisa estalló finalmente, y él miró hacia un costado para esconderla.

—¿Tienes un arma portátil? —preguntó Fen, girando a su alrededor para una inspección más minuciosa.

—No necesito ninguna.

—Espera. No me digas. La Fuerza te protegerá.

—En realidad, pensé que tú llevabas suficiente capacidad armamentística para defenderme a mí y a Coruscant. —Cuando la única réplica fue la mirada maligna de Fen, Zeth se enmendó—: Tengo mi sable de luz.... Y la Fuerza.

—Éste es mi poder de la Fuerza. Se llama bláster. —Puso el arma en su lugar en su cadera—. Vámonos.

Fen generalmente era tan comunicativa como un Gamorreano. Pero arremeter a lo largo de una avenida oscura para rescatar a alguien que no merecía ser salvado parecía inspirar las confidencias. Así que mientras agotaba botella tras botella de una bebida gaseosa y altamente cargada, apropiadamente llamado Frenesí, las palabras fluyeron de ella con una velocidad que rivalizaba con la de su carrera precipitada en la noche.

Contó a Zeth sobre su juventud en las calles de Coronet e incluso un poco sobre Jett.

El relato de Zeth, al igual que el suyo, comenzó titubeante, y entonces fluyó. Al saber que él había estado en Kessel, pasaron la hora siguiente intercambiando historias de Moruth Doole.

—Así que, de todos modos —dijo Zeth, tomando otro largo trago de su botella—, yo nunca hubiera salido de Kessel si Han no hubiera aparecido.

—¿Solo? —Fen se ahogó con un trago de su Rush.

—Sí. —Zeth esperó un momento antes de añadir —Lo conoces.

—Permanece fuera de mi mente, Jedi —advirtió.

—No estaba adentro —replicó—. Pero no puedo evitarlo si tu transmites tus sentimientos como un holovideo emocional.

—Supongo que sólo tendré que pensar más silencioso alrededor tuyo, ¿verdad? —Fen cerró su boca.

—Tienes sentimientos profundos y una lealtad poderosa —Zeth afirmó—. ¿Por qué tratas de esconderlos? —Sin intimidarse ante su silencio pétreo, presionó—: Porque si no, ¿por qué vamos tras Ghitsa, de todos modos? Claramente, ni siquiera te agrada.

—Porque ella es mi compañera, por eso —Fen estalló finalmente—. Y nadie daña cualquier compañero mío. Excepto yo.

—¿Alguien dañó a Jett? —preguntó Zeth suavemente.

Fen rió, breve y amargamente.

—Si llamas daño a un vibro-puñal a través del cuello, entonces supongo que sí.

—Lo siento, Fen —dijo suavemente.

Quería abrazar la cólera, como lo haría con un bláster o un amante. Pero en cambio, con la sinceridad no solicitada y compasiva de Zeth, sintió el dolor escurrirse sin la energía de mantenerlo.

—Gracias —dijo, y sarcasmo fue lo mejor que pudo conjurar—. Es muy Jedi de tu parte.

Fen miró lo suficientemente rápido para ver a Zeth sonreír.

—¿Así que de dónde surge este desdén por los Jedi? —preguntó—. Tu denigración se acerca a una forma de arte.

—Oh, no sé —Fen respondió, igualando su tono más ligero—. Sólo tengo un problema con la autoridad y con la gente que se da aires de superioridad moral.

—Así que eres un buen pedazo de escoria Sith —Zeth replicó.

—Cuida tu boca, junior. Esa clase de lenguaje podría meterte en problemas. Zeth río.

—Tienes razón. Si vuelvo diciendo palabrotas como un contrabandista, nunca me dejarán salir otra vez.

Fen sonrió a pesar de sí.

—Sólo diles que lo aprendiste de un gran maestro.

Su risa paró repentinamente. Zeth se volteó para mirar fijamente malhumoradamente en la oscuridad.

Condujeron en silencio mientras Fen trataba de entender qué había dicho para provocar la reacción caprichosa de Zeth. Dándose por vencida, probó el enfoque directo.

—Así que, ya que estamos aquí derramando nuestras almas por toda la cubierta, ¿cuál es el bantha sobre tu espalda? ¿Dejaste caer una roca sobre otro doblador de cucharas o algo?

Zeth permaneció en silencio, como sopesando qué decirle. Su voz sonó distante y triste cuando finalmente habló.

—Usé mi poder como Jedi.... por venganza.

Fen echó un vistazo a Zeth. Estaba mirando fijamente sus palmas vueltas hacia arriba como si estuvieran sucias de algún modo. Arrancó sus ojos de la visión para concentrarse otra vez en el camino. La venganza era algo que podía indudablemente comprender, pero súbitamente Fen no quería escuchar más de la historia torturada de este joven.

Antes de que pudiera decir algo, Zeth continuó.

—En mi arrogancia pensé que los fines justificaban los medios. —La voz de Zeth descendió a un susurro—. Mi hermano y muchos otros pagaron el precio por mi caída al lado oscuro.

Fen jadeó cuando las piezas empezaron a colocarse en posición. Los rumores salvajes que había escuchado, las cosas que él había dicho. Cuando la respuesta vino definitivamente a su conciencia, ella no estaba segura de si lo había deducido por sí misma o si él la había plantado ahí.

—Carida —susurró. Millones de muertos, billones, un sistema estelar entero borrado de la existencia.

Viró bruscamente el deslizador hacia el costado, clavando los frenos mientras su mente gritaba otra vez. "¡Carida!" Horrorizada, giró para ver el Jedi mirando fijamente por la ventana, luchando con las lágrimas que se aferraban a sus pestañas. Asintió con la cabeza muy ligeramente.

Ella estaba compartiendo un deslizador terrestre, su vida, con el más notorio asesino de masas desde Palpatine. Este hombre de apariencia inocente, este niño, era otro Vader. Un carnicero. Mató mil millones.

Sintiendo repentinamente claustrofobia en el deslizador cerrado, Fen buscó a tientas un escape. Una brisa fresca fluyó cuando abrió la escotilla de un empujón. Fen se tambaleó por el camino, sintiendo el universo vacilar bajo sus pies. Mil millones de muertos. Y le caía bien. Eso era lo peor. Había caído totalmente por sus grandes ojos inocentes, su sonrisa asustadiza.

La incongruencia la golpeó como una nova. Perdió la batalla de controlar sus tumultuosas emociones y las olas de náusea que salpicaban sobre ella. Cayendo sobre sus rodillas, Fen vació su estómago en el campo terso y labrado.

El universo apenas dejaba de girar cuando lo escuchó venir detrás suyo. Fen se puso de pie.

—Así que, ¿eres ese maldito Sith Durrón? —exigió—. ¿Kyp Durrón?

—Sí.

—Me mentiste.

Fen se irguió y metió sus manos en sus bolsillos, mirando fijamente sus pies. Necesitaba nuevas botas, notó, y entonces se pateó mentalmente para permitirse tal pensamiento ahora.

—Sí —respondió Kyp después de una larga pausa.

—Hay un nombre para lo que hiciste. Se llama genocidio.

—Lo sé —Kyp respondió, su voz ligeramente entrecortada.

Fen se dio media vuelta, la ira ciega superando la autoprotección. Ella golpeó su dedo índice en el centro de su pecho.

—Entonces dime, Jedi —se ahogó en la palabra—. ¿Por qué se te permite vagar por la galaxia reclutando a otros, reclutando a mi compañera, para que sigan tus huellas?

Kyp permaneció silencioso, hombros encorvados, mirando fijamente el suelo.

—¿Por qué no estás en la cárcel? —exigió. Dándole otro empujón mucho más fuerte, graznó—: ¿Por qué no fuiste ejecutado?

Él cayó al suelo en una montón sumiso.

—No lo sé —Kyp dijo, su voz disonante—. Debería haberlo sido. Debería estar muerto.

Fen buscó el consuelo de su bláster, amargamente frío al tacto. Lo levantó, apuntando a la mugre ante ella. Había matado a mejores antes y por menos crímenes contra la galaxia.

Él finalmente la miró, y ella pudo ver lágrimas brillando en su cara.

—Nadie te culparía jamás, Fen, por matar al asesino de mil millones de seres.

Fen sintió un escozor en sus dedos. Quiere que lo mate, se dio cuenta repentinamente.

Por favor, Fen, el gemido vino en su mente. Él extendió sus manos hacia ella.

Fen estaba conmovida, pero no por compasión.

—Eres un verdadero cobarde de corazón negro, Jedi —dijo con furia, empujando el bláster de regreso en su pistolera—. Tratando de conseguir que haga lo que no tienes el valor para hacer por ti mismo.

Tiró de él poniéndolo de pie.

—Escúchame, tú, Señor del Sith. —Forzó tanto veneno a la acusación como pudo y tuvo el placer de verlo hacer una mueca de dolor ante un epíteto que ya no era divertido. Fen juró que nunca usaría la maldición otra vez—. No doy diez créditos por ti ya sea que vivas o mueras. Gustosamente te habría aniquilado y librado el universo de tu miserable existencia. —Lo agarró bruscamente por el codo, empujándolo al deslizador—. Pero no antes de que libremos a mi compañera. ¿Lo entiendes?

—Y yo se lo estoy diciendo otra vez —Ghitsa respondió pacientemente—. Nunca oí hablar de esto antes.

El golpe de Culan Brasli la sacó de la silla. Amarrada de manos y tobillos, Ghitsa se las arregló para torcer su cuerpo de manera que solo músculo chocara contra la dura cubierta de la nave.

—Eso no es lo que escuchamos, consejero —Brasli miró desdeñosamente.

Ghitsa había sido golpeada muchas veces antes. Eran gajes del oficio trabajando para los hutts. En una escala del uno al diez, los esfuerzos de Brasli merecían alrededor de un ocho, maximizando el dolor mientras minimizaba el daño a largo plazo. Un verdadero artesano.

Se ovilló formando una pelota, volviéndose un blanco más pequeño para la inevitable patada. Brasli realmente usó todo su peso cuando su pie pesado chocó contra ella, otra vez y otra vez....

Faltaba menos de una hora para el amanecer. Fen siguió el mapa del deslizador a través de Nad 'Ris hacia el puerto espacial y un callejón que corría a lo largo de la parte posterior del puerto. Manióbró hábilmente el deslizador por el pasaje angosto, tejiendo de un lado a otro entre la basura y el pavimento descompuesto y agujereado.

No habían intercambiado dos oraciones desde la revelación de Kyp en la carretera oscurecida. Llevó el deslizador a un hueco abrigado y lo detuvo. Cuando todavía no dijo nada, Fen preguntó:

—¿Vienes?

Kyp saltó del deslizador pero permaneció callado.

El muro trasero del puerto se vislumbraba encima de ellos, legamoso, sucio y de unos buenos cinco metros de altura. Echando un vistazo arriba y abajo del callejón, Fen encontró la esperada entrada de servicio.

—Voy a tratar de abrirlo —indicó con una inclinación de cabeza—. Tu haz guardia, ¿está bien?

Fen extrajo de su bolsillo un dispositivo del tamaño de la palma de su mano y lo puso sobre la cerradura de seguridad de la puerta.

—¿Eso es lo que pienso que es? —preguntó Kyp.

Fen arqueó una ceja ante su voz de desaprobación.

—Si piensas que es un descifrador de seguridad Opirus Model modelo FD sesenta y dos, entonces es exactamente lo que piensas que es.

—¿No son ilegales?

—También el homicidio —Fen se burló.

Pasaron varios momentos antes de Kyp preguntara en voz baja:

—¿Asesinaste a todos los que creíste responsables de la muerte de Jett?

Fen casi dejó caer el descifrador. Podía decir dónde se dirigía esto; estar en una posición de superioridad moral era una rareza que no estaba ansiosa por dejar.

—¿Lo hiciste? —Kyp repitió.

—Sí —dijo finalmente, tan despacio como el descifrador estaba trabajando.

—Si más personas hubieran sido responsables, ¿te hubieras desquitado contra ellos, también?

—¡Mataste millones! —Fen estalló. Echó un vistazo nerviosamente por todas partes, pero el callejón permaneció desierto.

—Lo sé —Kyp gimió—. Lo revivo todos los días. Pero dado el poder y los medios, ¿no habrías hecho lo mismo para vengar a Jett?

La respuesta no era tan simple como debería haber sido.

El sonido de una voz humana aceitosa como grasa la despertó.

—Brasli, por favor sienta a la consejera.

Ghitsa estiró su cuello pero solo ganó una punzante agonía con su esfuerzo. Brasli la levantó rudamente de la cubierta y la arrojó en una silla.

Al otro lado de la mesa estaba sentado un hombre joven y bien vestido.

—Me disculpo por el entusiasmo de Brasli—. Agitó su mano, girando una tarjeta de datos entre sus dedos. Ghitsa notó un datapad sobre la mesa que no había estado ahí antes.

—Desamárrala, Brasli.

Ghitsa jadeó cuando aflojó las ligaduras, sintiendo la sangre precipitarse a sus pies y manos. Aunque tenía la obediencia de Brasli, el hombre que dio la orden era demasiado joven y poco pulido para haber ocupado el puesto por mucho tiempo. Su traje demostraba más riqueza que gusto.

—¿Sus amos del clan Desilijic saben que su acento de Coruscant es falsificado? —preguntó Ghitsa a través de labios partidos y sangrantes.

Él dijo rápidamente.

—Nadie mencionó los Desilijics, o a los hutts, en absoluto.

—Brasli y yo nos hemos conocido antes. Y he estado a bordo del *Grajo* varias veces. —Ghitsa sintió un hilo tibio y limpió impacientemente la sangre de su barbilla—. Indudablemente las circunstancias eran diferentes.

—Sin duda durante el tiempo que su clan hutt despojaba al mío metódicamente.

Con reacción apropiadamente calma e indiferente, Ghitsa reconoció que los Desilijics no habían enviado a alguien totalmente verde para esta misión. Necesitaba más información si iba a salir hablando de esto.

—Consejero, no conozco su nombre.

Él continuó volteando la tarjeta de datos en sus dedos como si fuera una carta de sabacc. Una carta de sabacc, Ghitsa reflexionó. Empezó como un jugador.

—Soy el consejero Ral —dijo decisivamente, deslizando la tarjeta en el pad que estaba la mesa—. Y ahora, consejera Dogder, hablaremos de las inversiones de Durga el Hutt en el Consorcio de Orko.

—No lo habría hecho —dijo Fen. Ajustó el descifrador otra vez, pero era un año demasiado viejo y la puerta un año demasiado nueva.

—Lo sé —Kyp respondió desde donde montaba guardia—. ¿Pero pensaste en eso?

—Sí. —Realmente lo había hecho. En su pesar y desesperación sobre el homicidio de Jett, Fen había actuado con más violencia que cualquier otra vez en su vida. Pero aun así, ella no habría ido tan lejos como su centinela Jedi.

—Odio lo que hice. Hay días en los pienso que la culpa me volverá loco —dijo Kyp, su voz vacilante—. Sería más fácil si estuviera encerrado en algún sitio.

—O muerto —observó Fen servicialmente.

—Como dijiste, ésa es la escapatoria del cobarde.

Fen guardó el descifrador y se pasó las manos por el frente de su traje de vuelo.

—Esto no va a funcionar. Tenemos que encontrar otro camino.

Kyp se desplomó contra el muro, inclinando su cabeza con abatimiento. Su flequillo cayó otra vez sobre sus ojos.

—No me encerraron con llave, y no estoy muerto. —Ahogó un sollozo—. ¿Qué se supone que debo hacer, Fen?

—¿Cómo voy a saberlo? —Fen replicó, enfadada porque en realidad se sentía apenada por él. ¿Fen Nabon como juez, moralista, y confesor? Si no fuera tan cómico sería grotesco. Otras prioridades eran más urgentes que la expiación de un asesino.

Aclaró su garganta bruscamente.

—Supongo que asegurarte de que nunca suceda otra vez.

Kyp atrajo sus brazos de sí, protegiéndose.

—¿Qué pasa si eso no es suficiente?

—Haces lo mismo que el resto de nosotros —levantó su barbilla con su índice, forzándolo a mirarla—. Lo mejor que puedas.

—Pero si fallo.... —su voz se fue perdiendo.

—Te cazaré y te mataré yo misma. —Sus ojos se encontraron, y entonces Fen se arrancó de su mirada fija agradecida—. Vamos. Tiempo para el plan B.

—Sus fuentes se equivocan —dijo Ghitsa, con una paciencia que no sentía—. No he trabajado en el clan de Durga durante más de tres años.

La ráfaga de una voz sobre un comunicador en la puerta de la cabina los sobresaltó a todos.

—¿Consejero? —preguntó la voz incorpórea y deferente.

—Te dije que no nos interrumpieras —dijo Ral con brusquedad. Yendo a zancadas hasta el comunicador, ajustó los controles para que Ghitsa no pudiera oír las órdenes y contraórdenes.

—Subiré —dijo Ral secamente. Le dirigió una oscura mirada furiosa—. Parece que la aduana de Nad 'Ris se niega a levantar la cuarentena puesta en nuestra nave por presuntos contagios biológicos.

—¿En verdad? —preguntó Ghitsa suavemente, mientras su corazón daba un vuelco. Decodificar los registros de Nad 'Ris para imponer un embargo sobre la embarcación sería un clásico de Fen.

—Es extraordinario dado que el *Grajo* no declaró carga —Ral reflexionó. Hizo un gesto a Brash—. Límpiala. La aduana inspeccionará la nave. Luego encierra a la buena consejera aquí, así puede refrescar sus recuerdos sin ser molestada. —Ella permaneció impasible bajo su atenta mirada atenta, pero Ral era perspicaz—. Y Brasli, alerte su equipo. Debemos estar listos para cualquier huésped no invitado.

—Debemos estar a una bahía o dos de donde el *Grajo* ha atracado —comentó Fen. Se escondieron detrás de una pila de basura en el callejón. El muro trasero del puerto se destacaba sobre ellos.

—Vamos a tener que apurarnos —dijo Kyp, volviéndose hacia ella. Su serio semblante cambió repentinamente, con una sonrisa reemplazando su anterior solemnidad. Sus ojos se elevaron hasta su cara.

—¿Qué pasa? —gruñó Fen, apartando un mechón suelto de pelo con su codo.

—Hay algo que debes saber.

—¿Ahora qué?

—Hay una gran mancha de suciedad sobre tu frente.

Fen sintió su cara enrojecer y calentarse. Limpió su frente con el guante y vio una gran mancha de grasa negra. Gimiendo, recordó haber trabajado en el motor de *Dama* hacía una vida.

—Ha estado allí desde que me encontraste en la nave, ¿correcto?

La sonrisa afectada era ahora una abierta sonrisa desarrollada.

—Uh-huh.

—Podrías haber dicho algo —lo acusó, aún limpiándose.

—Acabo de hacerlo. —Kyp alzó su mano, tocando su sien—: Te faltó un sitio.

Curiosamente, Fen no se estremeció en su contacto.

—¿Ya está? —preguntó, frotando su cara otra vez.

Él asintió con la cabeza y giró para estudiar el muro.

—Podríamos treparlo.

Fen llegó a una decisión rápida.

—Kyp, hay algo que debo decirte.

Él le echó un vistazo con curiosidad.

—¿Tengo comida metida en mis dientes?

—Es sobre Ghitsa.

—Ya lo sé, Fen —Kyp interrumpió.

La rabia se extendió por ella otra vez.

—¡Estabas leyendo mi mente! —lo acusó.

Kyp giró sus ojos.

—No necesité hacerlo. He estado buscando a través de la Fuerza desde que aterricé. Habría intuido a alguien con las presuntas destrezas de Ghitsa muy rápido, especialmente una vez que fue raptada.

—¿Lo has sabido todo el tiempo? —tartamudeó—. ¿Y aun así ibas a ayudarme a soltar a una timadora barata que finalmente obtuvo lo que merecía?

—Sé que no te gusta escucharlo, pero la Fuerza me guió aquí. —Tomó una honda inspiración—. Pienso que estoy empezando a ver por qué.

Fen digirió ese hecho y finalmente sintió una tregua más cómoda se establecía entre ellos. Trepó a sus pies.

—¿Por qué no tratas de usar la Fuerza para lanzar la soga y el arpón sobre el muro?

Kyp asintió con la cabeza y se puso de pie con la soga que habían traído del deslizador. Meneó el gancho en un arco suave. Escucharon un ruido apacible. Kyp probó su peso en la línea, luego trepó hasta arriba de la pared tan fácilmente como un insecto.

El ascenso de Fen no fue tan elegante. Estaba gruñendo con el esfuerzo cuando repentinamente algo la recogió y la depositó sobre la cima del muro.

—Cuidado —farfulló Kyp, ofreciendo una mano estabilizadora cuando Fen se tambaleó en la repisa angosta.

Para su fastidio, él parecía perfectamente equilibrado a cinco metros sobre el suelo. Fen lo miró furiosa, pero Kyp no estaba ni intimidado, ni compungido. Solamente se encogió de hombros.

—Agarre de la Fuerza.

—Oh. Gracias —logró decir Fen. Exploró el puerto rápidamente—. Allí.

Señaló un voluminoso carguero Ghtroc atracado dos secciones más allá.

Corrieron con paso ligero por la cima del muro, en una carrera contra el inminente amanecer y ojos entrometidos. Kyp saltó de la pared a un peldaño en el casco de la embarcación y trepó hasta la escotilla superior del *Grajo*. Fen estaba justo detrás de él.

Kyp dio un fuerte tirón a la palanca de escotilla. No se movió.

—¡Está cerrado!

—Por supuesto que lo está.

Fen retiró otro dispositivo de sus bolsillos de trucos.

—Déjame adivinar —preguntó Kyp—. ¿Un kit ilegal para robar naves?

Ella puso el decodificador sobre la cerradura de la escotilla, y empezó a desplazarse rápidamente a través de combinaciones de seguridad, un dígito a la vez.

—Apuesto a que dejan todas sus naves abiertas en Yavin cuatro, ¿no? —Fen se tragó el resto cuándo vio su expresión afligida y recordó por qué podría ser sensible al robo de naves—. Olvídalo. Lo siento.

Fen escuchó un apacible zumbir de engranajes, luego un suave chasquido.

—¿Está libre allá abajo? —demandó, devolviendo el dispositivo a su bolsillo.

Kyp asintió con la cabeza. Con su mano izquierda sobre la escotilla, Fen sacó su bláster con la derecha.

—Espera —ordenó Kyp.

Ahora estaba muy enfadada.

—¿Qué?

—Tú —dijo Kyp, muy seriamente.

—Si piensas que voy a ir ahí sin mi bláster....

Kyp agitó su cabeza enérgicamente.

—No, por supuesto que debes llevarlo. Pero Fen, tienes que ajustarlo para aturdir.

—No te pongas tan Jedi conmigo.

—Fen, acabar con ellos no traerá a Jett de regreso.

Lo dijo tan suavemente que ella tuvo que pelear con un nudo del tamaño de un bantha en la garganta para responder.

—Y no matarlos no traerá a tu hermano de regreso.

Kyp miró el sable de luz agarrado en su mano.

—Lo sé. Y te ayudaré, Fen, a pesar de ello. Pero no me hagas bajar ahí sabiendo que más podrían morir cuando yo podría haber hecho algo para prevenirlo.

Había encontrado su vulnerabilidad y la había explotado todo lo posible.

—Aturdirlos puede no ser suficiente para detener lo que arrojen contra nosotros —advirtió.

—Lo sé —dijo Kyp—. Pero es lo correcto.

—No es bueno tener razón si estás muerto —replicó Fen. Habían malgastado suficiente tiempo, se dijo, mientras fijaba su bláster en aturdir. Abrió rápidamente la escotilla, y una luz tibia y amarilla se derramó hacia fuera.

Kyp se dejó caer. Fen era menos hábil, agarrando los lados de la escotilla y metiéndose en el agujero. Lo que debería haber sido una caída se sintió como un deslizarse a través de plumas, y ella aterrizó ligera y silenciosamente. Conveniente cosa, ese agarre de fuerza.

Kyp echó un vistazo por todas partes rápidamente, y luego empujó una placa de presión sobre la pared. Una puerta se abrió deslizándose y ellos se escurrieron en la cabina oscura.

—¿Cómo la buscaremos? —preguntó él.
—¿No puedes sentirla, o algo? —dijo Fen, mientras estudiaba rápidamente la habitación.
—No, lo he tratado. Hay muchos seres humanos asustados en esta nave. — Kyp regresó a la puerta repentinamente—. ¡Alguien viene! —anunció.
—¿De verdad? Bien, nunca he temido preguntar por direcciones.
Kyp abrió la puerta de la cabina cuando los pasos pesados pasaban. Se escabulleron en silencio y Fen se regocijó con el reencuentro.
—Hola, Brasli —Fen subrayó su alegre saludo empujando la boca de su bláster en la espalda del gángster.
Brasli se detuvo repentinamente.
—Eso está bien —arrulló Fen—. Pon tus manos arriba y lejos de ese bonito bláster en tu costado.
—Me imaginé que aparecerías a por esa apestosa Sith pareja tuya, Nabon —dijo Brasli con desdén, girando despacio para enfrentarla.
—Nada de palabrotas alrededor de un Jedi —protestó Fen mientras Kyp aliviaba a Brasli de su arma—. Ahora, ¿vas a decirme donde está, o este Jedi va a tener que entrar en esa mole de neuronas patéticas que llamas cerebro y extraerlo?

Cuándo ella y Kyp entraron a la cabina, con Brasli en la punta del cañon del bláster, la exclamación de Ghitsa englobó alivio y una pregunta, en una sola palabra.
—¡Fen!
Fen empujó rudamente a Brasli en una silla.
—Siéntate —se dirigió a Ghitsa—: ¿Tienes algo para atarlo?
—Lo que Brasli usó conmigo funcionará admirablemente para él —dijo Ghitsa tomando un cabo de cuerda en sus manos.
Tenía un feo moretón en la cara, pero no estaba inmovilizada.
—¿Estás bien? —espetó Fen mientras se liberaba de la imagen mental de la sangre de otro compañero manchando el suelo.
—Nada que una semana en un balneario no pueda curar. —Mientras Ghitsa ataba y amordazaba a Brasli, los gruñidos del hombre reflejaron su entusiasmo en la tarea. Ghitsa dejó pasar unos momentos, y luego, mientras sus astutos ojos se deslizaban sobre Kyp, añadió—: Así que Fen, has encontrado a un verdadero Jedi.
Reacia a revelar su secreto, Fen sintió alivio cuando Kyp se adelantó.
—Soy Kyp Durrón.
Ghitsa se sorprendió.
—¿Durrón? ¿El Jedi Kyp Durrón?
—Déjenlo para después —interrumpió Fen. Ghitsa había trabajado para hutts; debería ser capaz de manejar ser rescatada por un asesino en serie.
—Sellé la puerta —observó Kyp.
—¿Entonces cómo saldremos? —Fen contestó.
Todos saltaron cuando una nueva voz autoritaria irrumpió en la cabina.
—Brasli, ¡responde!
Ghitsa señaló con el dedo el comunicador pegado al cuello de Brasli.
—Es el consejero Ral. Está dirigiendo esta operación.

Fen fue a zancadas hasta el hombre atado, arrancó la mordaza de su boca y apuntó el bláster directamente entre sus ojos.

—Vas a responder a tu comunicador. Trata de pasarte de listo y te destrozaré.

Brasli asintió con la cabeza.

—¿Qué sucede, Ral? —su voz era áspera pero por lo demás normal—. ¿Dónde estás?

—Dile que estás aquí —Fen dijo moviendo los labios.

—Estoy con la consejero Dogder —dijo Brasli con voz áspera.

—Bien —gritó la otra voz—. Quédate allí. Podríamos haber sido abordados. Estamos registrando la nave ahora.

La otra voz se apagó. Mientras Fen ajustaba nuevamente la mordaza en la boca de Brasli, Ghitsa arrancó el comunicador de su uniforme y lo colgó a su propio cuello.

—Fen —Kyp llamó.

—¿Sí?

Él estaba estudiando la pared de la cabina.

—Este es una mampara de exterior, ¿no?

—Hay aproximadamente medio metro de casco reforzado entre tú y la grande y malvada galaxia, si eso es lo que quieres decir. ¿Qué estás...?

Las palabras de Fen murieron en su garganta y el agudo grito entrecortado de Ghitsa fue ahogado repentinamente por el murmullo bajo de la hoja violeta brillante en la mano de Kyp.

Un Caballero Jedi y un sable láser. Era casi sagrado, recordándole una época desaparecida en su propio tiempo. Increíblemente vivía otra vez en la cabina estrecha de un carguero hutt.

Kyp se rió.

—Ahora, Fen, no empieces. Sólo cortare a través de él y estaremos fuera de aquí. —Giró sobre su eje a Ghitsa y le ofreció el fulgurante sable de luz—. ¿A menos que tú quisieras hacerlo?

—No, ¡espera! —gritó Fen cuando Kyp levantó su sable láser—. Si cortas allí, accionarás los alarmas de ruptura de casco. Estarán encima de nosotros antes de que podamos salir de aquí.

—Podría cubrirlas —aseveró Kyp.

—¿A ambas? ¿Por cuánto tiempo? —Fen respondió. ¿Y con cuántos muertos?, añadió en silencio para Kyp. Cuando él asintió con la cabeza ligeramente, Fen supo que comprendía—. Sigue siendo una buena idea sin embargo.

Se acercó a grandes pasos al panel de control de la cabina y arrancó la cubierta.

Su compañera ya estaba previendo el plan de Fen.

—¿Tienes algo que pueda generar un circuito continuo? —Ghitsa preguntó.

—Sí. Pienso que podemos amañar a uno de los ausentes que traje. —Fen buscó en un bolsillo en su muslo y sacó el dispositivo. Lo pasó a Ghitsa—. Mira que puedes hacer con él.

—¿Qué es un ausente? —Kyp preguntó sobre su hombro. Fen notó que había desactivado el sable de luz.

—Otra cosa que no aprobarías —Fen dijo trivialmente.

—Es un generador de campo pasivo —Ghitsa explicó. Fen escuchó chasquido cuando el ausente se dividió en las manos de Ghitsa—. Llevar uno te hace invisible a la mayoría de las tecnologías de detección.

—Los sensores de la cabina para cosas como la integridad de casco pasan todos por este circuito —dijo Fen, extrayendo un par de cúteres afuera de otro bolsillo con una mano y señalando el cableado en la pared—. Desde aquí se alimenta en la computadora de la nave.

—¿Así que vas a decodificarla y usar el ausente para crear una emisión continua desde aquí a la computadora? —la voz de Kyp indicó que no estaba hecho del todo para este tipo de artimañas.

—Más o menos —respondió Fen, revisando los cables multicolores dentro del panel. ¿Cuál era el de la integridad de casco otra vez? Sacudiéndose la duda, puso los cúteres entre sus dientes, y empezó a sacar cable verde fuera del panel—. Ghits —farfulló a través de un boca llena de herramientas—, ¿conseguiste amañar ese generador?

—Sí.

Mientras su compañera sujetaba el generador en el cable, Fen comentó:

—Nunca había visto una horquilla usada así antes.

—No hables con la boca llena, Fen.

Fen escupió los cúteres y cortó el circuito. Contuvo un aliento entrecortado, pero ninguna alarma sonó.

—Eso debería sacarlos de nuestras espaldas.

Ambas giraron al oír el murmullo cuando Kyp encendió su sable láser otra vez. Balanceó la hoja sobre su cabeza y empezó a cortar a través de medio metro de metal como una bota por el barro.

—Sabes, Fen —comentó Ghitsa, mirando fijamente al joven Jedi que ahora serraba deliberadamente el casco de la nave—. No quiero ver un sable láser en el mercado negro. Jamás.

Kyp terminó en unos pocos tensos minutos y guardó el sable de luz.

—Hay una cáscara de metal sujetándolo todavía. Tendremos que empujar para salir.

Fen apoyó un hombro en la puerta improvisada.

Cuando Ghitsa vaciló, Fen la eludió.

—Vamos. He aquí un uso para esas hombreras.

—Sólo me estaba preguntando qué haremos en cuanto escapemos de la nave.

Fen miró a Kyp. Él se encogió de hombros.

—¿Correr?

Riendo entre dientes, Fen empezó la cuenta. A su "¡tres!", la placa de casco se torció, luego sonó contra el suelo. Aire fresco y luz entraron a raudales.

—¿Hay alguien por aquí? —preguntó a Kyp.

Él sacudió su cabeza.

—Por ahora, no. Pero no tenemos mucho tiempo.

—Una cosa más —intervino Ghitsa, con una inclinación de cabeza hacia el desorbitado Brasli, todavía atado a la silla—. ¿No debemos deshacernos de él?

Fen comprendió de dónde venía ese deseo de la venganza. Brasli obviamente había tratado a su pareja muy duramente, a juzgar por los moretones y labio roto.

Kyp solucionó el problema saltando por la puerta al suelo que estaba aproximadamente dos metros abajo.

—Vamos —gesticuló.

Ella saltó y Ghitsa la siguió. Aterrizaron en la sombra del vientre de *Grajo*, ocultos por un patín de aterrizaje.

Kyp señaló hacia la entrada de la bahía de embarque al otro lado de la plataforma de aterrizaje.

—Pienso que es la única salida.

—Y está en la línea de sus cañones láser —notó Fen, angustiándose.

Ghitsa frunció sus labios.

—Apuesto que también tienen un código de seguridad en la puerta.

Kyp apartó el pelo de su cara otra vez, un ademán que era en parte necesario y en parte hábito inconsciente.

—Fen, si puedes ocuparte de lo que sea que salga de la nave, y Ghitsa, tú activas la puerta, yo me ocuparé del resto.

—¿Sólo así? —desafió Fen.

El Caballero Jedi asintió con la cabeza.

—Sólo quédense detrás de mí.

Habían cubierto la mitad de la distancia entre la proa de la nave y la salida de la bahía de embarque. Fen empezaba a pensar que tal vez nadie se daría cuenta cuando Kyp empezó a gritar.

—¡Corran a la puerta! —gritó.

Detrás de ellos, Fen escuchó el chirrido ensordecedor del fuego láser. Se agachó instintivamente y empujó a Ghitsa hacia la entrada, pero no pudo ubicar que era el sonido de rebotes.

Fen giró y, por un segundo, los reflejos afinados por años de esquivar y contestar disparos de bláster le fallaron.

Kyp, el muchacho Jedi, permanecía de pie a solas en medio de la bahía de embarque. Fuego láser salía a borbotones de las armas delanteras del *Grajo*. Y como algún extraño juego de niños, Kyp atrapaba los mortales rayos verdes con su sable láser y los rechazaba.

—¡Fen! —escuchó gritar a Ghitsa. Giró. Su pareja estaba bajo la cubierta marginal de la entrada—. Está cerrada. Necesitarás contenerlos algunos minutos.

Algunos minutos. Era toda una vida en momentos así. Corrió hacia Kyp. Metódica, incluso tranquilamente, él desviaba cada estallido del fuego. Las explosiones se reflejaban en el sable de luz, rebotando en ángulos disparatados.

Fuera de su ángulo de visión, Fen vio movimiento, agitándose arriba de la rampa del *Grajo*, dentro de la nave. Desde atrás de la cubierta protectora de Kyp, se agachó, estabilizó su bláster sobre su rodilla y atrapó a cada uno de los secuaces del hutt en una ola azul de disparos de aturdimiento mientras salían la nave.

Su mente había estado contando los segundos. Sabía, racionalmente, que no habían estado bajo ataque para más de minuto. Parecía una eternidad. Ghitsa era buena con cerrojos, pero eran solo dos personas contra una nave entera. Si Kyp empezaba a cansarse, o si vacilaba sólo una vez...

El gemido de repulsores llenó la bahía de embarque repentinamente. ¿Qué...? Fen echó un vistazo hacia arriba, preguntándose por qué se había puesto tan oscuro. Un carguero se sostenía en el aire por encima de sus cabezas. Era obviamente pilotado por alguien que estaba muy enfadado, y un

amigo, Fen concluyó con sorpresa, cuando la embarcación derramó fuego de cañón sobre el *Grajo*.

El *Grajo* vibró, indefenso en el suelo. Fen miró fijamente la nave otra vez, notando las distintivas marcas en la proa, el equipo que ningún otro YT usaba. ¿La *Dama Estelar*? ¿Qué estaba haciendo su nave aquí?

El comunicador personal de Fen surgió a la vida.

—Capitán, aquí Gibb. Calculé que podría necesitar alguna ayuda —subrayó el punto con otra andanada ensordecedora sobre la nave atrapada.

El rugido del *Grajo* volviendo a la vida ahogó la imprecación de Fen al mecánico imprudente. Los repulsores del *Grajo* gritaron, soplando polvo en la bahía de aterrizaje. Amenazada desde arriba, la nave abandonó a sus víctimas en el suelo y surgió hacia arriba. Fen sintió su corazón detenerse cuando el *Grajo* viró y esquivó la *Dama Estelar* por poco. Libre de la bahía de embarque, la nave se precipitó en el cielo.

—¡Gibb! —chilló en el comunicador—. ¡Trae mi nave de vuelta! No te atrevas....

Pero Gibb se atrevió, precipitándose tras el *Grajo* que se retiraba.

—Está bien, capitán. Está funcionando ahora. He llamado a la aduana de Nad 'Ris. Ellos lo interceptarán.

Fen sacó un par de macrobinoculares de otro bolsillo y pegó sus ojos a la escena.

—¿Quién está pilotando a la *Dama Estelar*? —escuchó preguntar a Ghitsa.

—Gibb —vino la voz cansada de Kyp.

Con un supremo esfuerzo, Fen se arrancó de la visión de la *Dama* persiguiendo al mucho más grande y mejor armado Ghtroc.

En un tono lleno de incrédula admiración, Ghitsa añadió:

—Realmente estuvo bien de tu parte dejar que Gibb pilotara a la *Dama* aquí.

Fen solo pudo asentir débilmente. A Kyp, le dijo:

—Lo hiciste muy bien.

Kyp le sonrió y se apartó el pelo sudoroso de la frente.

—Estoy contento de que no hayamos tenido que matar a ninguno de ellos.

—En realidad.... —empezó Ghitsa.

—¿Qué? —preguntó Fen frunciendo el ceño.

—Bien, no tienen manera de saber de ese agujero que Kyp cortó en su casco. Si suben demasiado...

Kyp se puso gris.

—¡Gibb! —gritó Fen en el comunicador—. ¡Retrocede! Dile a la aduana de Nad'Ris que no los persiga. Esa nave no es capaz de viajar en el espacio. Explotará si se eleva más.

Ghitsa parecía perpleja.

—¿Cuál es el problema?

—Después, Ghits. —Luego dijo a Kyp—: ¿No puedes hacer algo para que giren de regreso?

Kyp estaba mirando hacia arriba, al espacio de cielo donde las naves se estaban dirigiendo.

—Incluso si pudiera, la Fuerza no debe ser usada así.

Su pena desgarradora lastimó a Fen.

Ghitsa hizo un sonido vago y luego extrajo el comunicador que había tomado de Brasil y lo activó.

—Sin embargo te lo advierto, no funcionará.

—¡Trata! —exigió Fen.

—Consejero Ral, aquí Dogder. —Interrumpió suavemente su furioso balbuceo—. Sí, como ha adivinado, tengo el comunicador de Brasli. Ahora, Ral, hablo totalmente en serio. Tiene una brecha en el casco. Nunca dejarán la atmósfera inferior. Tienen que volver.

Escucharon risa.

—Es un jugador —Ghitsa explicó—. Piensa que estoy fanfarroneando.

—Trata otra vez —la instó Fen.

Mirando fijamente en el cielo, Kyp murmuró:

—La aduana todavía piensa que la nave está bajo cuarentena. Tratarán de detenerla.

Fen llevó los macrobinoculares otra vez a su rostro. Sólo podía ver al *Grajo*. Siguiendo sus órdenes, Gibb no lo había perseguido. Pero Fen podía ver dos naves más pequeñas moviéndose rápido y disparando desenfrenadamente al *Grajo* que se retiraba.

—Ral, éste es el juramento de consejero —Fen escuchó decir a Ghitsa—. Juro que tienen una brecha de casco.

—Demasiado tarde —Kyp susurró.

Por el comunicador escucharon un grito, luego un estallido de interferencias. A través de los macrobinoculares, Fen vio un destello. Y el *Grajo* desapareció.

Era el único lugar en la galaxia al que Fen pensó que nunca iría. Aterrizaron en una plataforma humilde en la base de una enorme estructura de piedra. Un templo, adivinó Fen, construido por alguna raza antigua y subyugada. Un lugar algo extraño para una Academia Jedi, pensó.

A través del parabrisas de la cabina pudieron ver un grupo muy sombrío, de seres vestidos de marrón de sexos y especies diferentes.

—¿Comité de bienvenida? —preguntó a Kyp, forzando una broma.

Kyp agitó su cabeza, liberándose de sus restricciones de asiento.

—Algo está sucediendo.

Fen se deslizó de su asiento, pero Ghitsa se quedó pegada a su silla.

—¿No vienes? —le preguntó Kyp.

Ghitsa apartó la vista de los graves Jedi fuera de la nave.

—No, Kyp —dijo despacio—. No lo creo. —Confirmando que la experiencia no la había puesto sería irrevocablemente, añadió—: Ni siquiera si pudiera conseguir algunos consejos para la próxima vez.

La boca de Kyp se curvó en el asomo de una sonrisa perspicaz.

—Sé fiel a ti misma, Ghitsa Dogder. Ése es el único consejo que necesitarás.

Él se escurrió de la cabina de piloto. Con una mirada final a Ghitsa, Fen lo siguió.

Con una muestra de iniciativa que podría volverse irritante si se volviera habitual, Kyp ya había abierto la escotilla de la nave. Un ruido de aire caliente, húmedo se apoderó de la cabina, dejando a Fen momentáneamente sin aliento.

Kyp bajó trotando la rampa hacia sus amigos, o cualquier cosa que ellos fueran, pensó Fen hoscamente. Lo siguió, negándose a sentirse intimidada y

molesta de que esos sacerdotes pudieran probablemente adivinar lo nerviosa estaba en realidad.

Él cambió algunas palabras con ellos y los otros Jedi se dispersaron. Una mujer, se quedó, sin embargo, transmitiendo una posesiva protección a los ojos de Fen.

Fen se inclinó indolentemente contra un montante de la rampa de aterrizaje, devolviendo la sospecha con una mirada sardónica propia.

Kyp volvió rápidamente, su cara, pensó Fen, un poco demacrado.

—¿Algo está mal? —preguntó.

—Tionne dice que el Maestro Skywalker ha sido herido.

—¿Otra vez?

Sonríó afectadamente.

—Acaban de dejar la órbita y deberían llegar en breve. —Kyp se movió, incómodamente, como si podía sentir el suelo caluroso a través de sus botas —. Debo....

Fen lo interrumpió.

—Odio las despedidas —dijo rudamente, preguntándose por qué sus ojos se estaban nublando. Debía ser algo en el miserable aire de la selva—. Ponte en camino. Nos veremos afuera. —Se dio la vuelta, solo para tensarse cuando una gentil mano en su hombro la hizo girar de vuelta.

Kyp inclinó su cabeza, luego miró hacia arriba a través de un flequillo que realmente necesitaba un buen corte.

—También te extrañaré, Fen. —Dejó caer la mano de su hombro, ruborizándose tímidamente en el movimiento audaz—. ¿Seguro no quieres quedarte por algunos días?

—Positivo. Te necesitan aquí —Fen echó un vistazo a la mujer que debía ser Tionne, todavía esperando pacientemente—. Y la academia no me necesita, sin duda.

Ella extendió su mano, deseando ahora que las palabras no se le estuvieran atorando en el buche.

—Pero si levantar rocas grandes no resulta, siempre hay un lugar para ti en mi equipo.

Él miró fijamente su mano tendida por lo que pareció una eternidad, luego la tomó despacio, envolviéndola con las suyas.

—Gracias, Fen. Por todo.

Mientras Kyp buscaba algo que decir, Fen se apartó.

—Tú también, Jedi. —Giró sobre sus tacones y se dirigió de regreso a la rampa sin mirar atrás. Kyp finalmente encontró las palabras que lo habían evitado cuándo ella escuchó despacio en su mente: "*La fuerza está contigo también, Fen.*"

Dejaron el espacio aéreo de la Academia en la mitad de el tiempo que les había tomado entrar. Fen ignoró los saludos inquisitivos del carguero coreliano y el yate espacial entrantes. Tan pronto como hicieron el salto, huyó a su camarote.

Media hora de compostura después, Fen se reunió con su compañera en la cabina principal. Con solemnidad ceremonial, Ghitsa estaba dejando su manto marrón y el mango de sable láser en el eliminador de desperdicios de la nave.

Ghitsa finalmente rompió el silencio y se reunió con Fen en la mesa de juego.

—Ya no es tan divertido.

—No lamento verlo marchar —Fen frunció el ceño—. Todo ese viaje ha sido un desastre.

—Sí, lo fue. —Ghitsa insertó una tarjeta de datos en el pad que había estado manipulando y lo deslizó al otro lado de la mesa—. Tomé esto de Ral. ¿Qué piensas?

—¿Mina Celeste de Orko? Nunca no oí sobre eso.

—Por eso me querían los Desilijic —Ghitsa explicó—. Buscaban a alguien que pudiera decirles en qué estaba involucrado Durga. —Frotó su mejilla donde el moretón apenas empezaba a desaparecer—. Estaban desilusionados de que yo no hubiera oído de eso, tampoco.

—Y ¿qué? —Fen se encogió de hombros—. Probablemente es sólo un poco de espionaje de algún nuevo interclan corporativo hutt.

—Desplázate un poco más abajo.

Fen se movió hacia abajo el pad, paró, lo estudió, luego lo estudió otra vez, y silbó.

—Cualquier cosa que sea Orko, lo están obteniendo y vertiéndolo otra vez. Parece que los hutts están tramando algo muy grande si estos datos son reales.

Ghitsa se deslizó afuera del asiento para ir de un lado para otro con impaciencia.

—El clan de Desilijic creía en ellos lo suficiente para rastrearnos, sabotear tu nave, y raptar un antiguo consejero del clan de Durga.

Fen miró fijamente otra vez la lectura sobre el datapad, una idea empezando a formarse.

—Ghits —empezó despacio—, esto valdría mucho dinero para un comerciante de información.

Su pareja decayó visiblemente y se desplomó en una silla de la cabina.

—Temía que sugirieras eso. —Posó las yemas de dedos cuidados en su frente para masajear los pliegues allí—. ¿Quién? ¿Inteligencia de la Nueva República?

Fen resopló.

—Tendríamos que explicar demasiado a un lacayo de bajo nivel. Y terminar en las miras de sus blásters por el problema. Y INR no pagará mucho. No, yo llevaría esto a Talon Karrde.

Ghitsa abrió mucho sus ojos con la sorpresa.

—¿Karrde? Me odia.

—La mayor parte del bajo mundo te odia, Ghitsa. Pero pagará buen dinero por información confiable.

—Eso no es realmente el asunto sin embargo, ¿o sí?

—No —Fen dijo cuidadosamente—. Es si estás definitivamente dispuesta a darle la espalda a los hutts. —Se puso de pie—. Piensa en eso. Es tu decisión.

Mientras salía de la cabina, Ghitsa la detuvo.

—¿Fen?

Ella se volvió lentamente, sabiendo que su compañera por ocho años estaba ante una decisión crucial. Incluso después de todo este tiempo, Fen no tenía idea que camino seguiría esto. Sé leal a ti misma, el Jedi había dicho a Ghitsa.

¿Qué significaba eso para una mujer que era una timadora hasta la médula y que había trabajado la mayor parte de su vida para los hutts?

—¿Qué te parecen esos números sobre el datapad?

—No son lo que esperaba como frente para una operación de contrabando o sindicato criminal.

Ghitsa levantó sus ojos, encontró y sostuvo la mirada de Fen.

—No, no lo son. Números de esa magnitud se encuentran solo en un presupuesto militar. —Se levantó de su silla, moviéndose hacia la mesa, y retiró la tarjeta de datos del pad—. Jabba cometió el mismo error, tú sabes.

—¿Cuál? —Fen preguntó, tomando el disco.

—Política. Meterse con las personas equivocadas. No contentarse con el dominio del bajo mundo criminal. —Ghitsa sacudió su cabeza—. Llama a tu contacto. Dile que hemos conseguido algo en lo que Karrde estará muy interesado.

—Karrde tiene algunos buenos contactos dentro de la Nueva República. —Porque no había nada tan degradante como un sacrificio fútil, Fen añadió—: Se asegurará de que esto llega a las personas correctas.

Mientras se dirigía hacia adelante, Fen reflexionó que debería haber algún reconocimiento para conmemorar la ocasión. En el sendero tortuoso de una vida en la ambigüedad moral del bajo mundo, de algún modo ella y Ghitsa estaban haciendo lo correcto. Suponía, pensó agriamente, que eso venía de entrometerse con un Jedi. No había nada simple en los trucos de un Jedi. Nada simple en absoluto.